

# 2021 Retos Vitales

para una nueva era

**La realidad derrotará siempre a las *fake news***

Juan Manuel Soriano Llobera



**Claves para entender y mejorar el mundo**



Reial Acadèmia Europea de Doctors  
Real Academia Europea de Doctores  
Royal European Academy of Doctors

BARCELONA - 1914



# La realidad derrotará siempre a las *fake news*



**Dr. Juan Manuel Soriano Llobera**

Profesor Titular de la Universitat Politècnica de Catalunya (UPC).  
Académico de Número de la Real Academia Europea de Doctores (RAED).

## **LAS FAKE NEWS SUMAN DESCONCIERTO Y ANSIEDAD A LAS PERSONAS**

En España, a principios de noviembre del 2020, se aprobó un procedimiento contra la desinformación por parte del Consejo de Seguridad Nacional. Aunque pueda sorprender al más pintado por la rapidez sigilosa de la medida, publicada en el BOE el 6 de noviembre, es cierto que la propaganda y la desinformación afectan a los Estados, y estos son susceptibles de verse inmersos en procesos de radicalización de sus ciudadanos, desconfianza y descrédito de sus instituciones. Esto está ocurriendo en países democráticos, como España, donde la libertad de expresión es un hecho consagrado. En los otros es obvio que no hace falta. Pero en ningún caso podría justificarse un sistema de censura previa que otorgue al gobierno de turno ser «guardián de la verdad». Las afirmaciones erróneas son inevitables en un debate libre. Una sentencia del Tribunal Constitucional concluye que *«de imponerse la verdad como condición para el reconocimiento del derecho, la única garantía de la seguridad jurídica sería el silencio»*.

La desinformación se propaga, en muchas ocasiones de forma malintencionada, en situaciones de descontento de la ciudadanía, falta de transparencia, crisis económica, propaganda gubernativa o crisis sanitaria como la provocada desde marzo del 2020 por la COVID-19. La censura está abolida en España y cualquier intento vulneraría el artículo 20 de la Constitución Española.

En este capítulo vamos a centrarnos en las *fake news* que recorrieron España a sus anchas desde el primer estado de alarma de marzo de 2020, y las más recientes con ocasión de la vacuna que en el primer trimestre de 2021 se empieza a distribuir.

Un estudio del *National Institute of Mental Health* de Estados Unidos realizado en 2018, dos años antes de la declaración de pandemia por la Organización Mundial de la Salud (OMS), reveló que uno de cada cinco ciudadanos sufría ansiedad a consecuencia de las noticias que recibía de los diferentes medios de comunicación. Este estudio, si se hubiera realizado en la época de la pandemia, elevaría probablemente la ratio a cotas cercanas al 100 %.

En esta situación, a las desgracias de las que nos informamos a diario a través de los medios de comunicación, con cifras de fallecimientos e infectados nunca vistas, se unen aquellas desinformaciones convenientemente filtradas, incluso en medios de prestigio, que transforman la realidad hacia escenarios que normalmente son cada vez más pesimistas. Son las llamadas *fake news*, es decir, noticias falsas que siempre tienen un objetivo. Muchas veces no se detectan con facilidad. De hecho, las noticias falsas que tienen éxito son las que parecen más creíbles. Más adelante citaremos algunos ejemplos recientes que circularon con visos de credibilidad como noticias de fuentes ciertas y constatadas, pero no lo eran.



Maldita.es es una plataforma que se dedica a analizar las noticias y a desmentir las *fake news*. Durante los meses de la pandemia registró los datos más altos de consultas. Imagen cedida por Pixabay.

Un exceso de *inputs* sobre la actualidad puede alimentar la ansiedad y, en ocasiones, puede inducir el pánico psicosocial. Intentar limitar la exposición de las noticias sería un primer objetivo para evitar los efectos negativos del aluvión informativo que nos rodea. Es evidente que el impacto de estas noticias falsas no afecta por igual a todas las personas ya que hay personas con perfiles psicológicos más proclives a estados de ansiedad que otros. Es justo en los primeros donde las *fake news* pueden producir estragos y fatales consecuencias. Muchas personas interiorizan estas desinformaciones convencidos de que obedecen a criterios objetivos y ciertos.

Cuando se declaró el estado de alarma como consecuencia de la primera oleada de la COVID-19, a mediados de marzo de 2020, estas *fake news* inundaron, vía redes sociales, muchos de los mensajes que recibimos en medio de un desconcierto general por la llegada de esta pandemia que, ni los más avezados, podían imaginar. Algunos ejemplos ilustrativos fueron: «Beber gel hidroalcohólico mata el coronavirus». «Las pistolas que sirven para medir la temperatura corporal eliminan neuronas». Otros de singular contenido decían: «Las mascarillas provocan neumonía» o «el 5G es el origen de la pandemia».

Concretamente Maldita.es ([www.maldita.es](http://www.maldita.es)), una conocida web que se dedica a analizar las noticias y a desmentir las *fake news*, registró durante los meses de la pandemia los datos más altos de consultas por parte de ciudadanos ávidos de saber si la información que habían escuchado era cierta o no. Curiosamente y aunque no lo parezca, las personas somos más proclives a creer más aquello que vemos por escrito.

Según un reciente estudio del *Pew Research Center* de Estados Unidos, los ciudadanos que se han informado del coronavirus a través de las redes son los que menos saben de la enfermedad. Y si se les pregunta por la pandemia, son los que más se equivocan. Por otro lado, no deja de ser sorprendente que estos ciudadanos acepten que su primera fuente de información fuera el uso de las redes sociales y que sean plenamente conscientes que la información que reciben, a través de esa vía, no tiene ni el rigor, ni las garantías necesarias.





El ser humano precisa seguridad y control. Justo lo que no puede tener al verse acosado por la desinformación. Las noticias catastrofistas, sean o no ciertas, dejan una huella más duradera que cualquier rayo de esperanza. Este contexto hace que vivamos la era de la ansiedad incentivada por las *fake news*. Un exceso de *inputs* sobre lo que está sucediendo y que no comprendemos alimenta el pánico. Este neutraliza cualquier sentimiento de indignación de los ciudadanos. Limitar la exposición a estas noticias sería un paso necesario, si bien hay perfiles psicológicos que tienden más a la ansiedad y desánimo por lo que son especialmente vulnerables.

No se puede ocultar que, a punto de cerrar el primer «año de la pandemia», estas falsas noticias también pueden haber tenido terreno abonado en una generación de políticos manifiestamente mejorable que no han sido capaces de aunar estrategias globales ante la crisis sanitaria. El control de la pandemia no se consigue con menos derechos de las personas, sino con más investigación científica y mayores medios sanitarios, en ambos casos sometidos a importantes recortes presupuestarios en los últimos diez años.

### **Fake news más destacadas en esta época de pandemia**

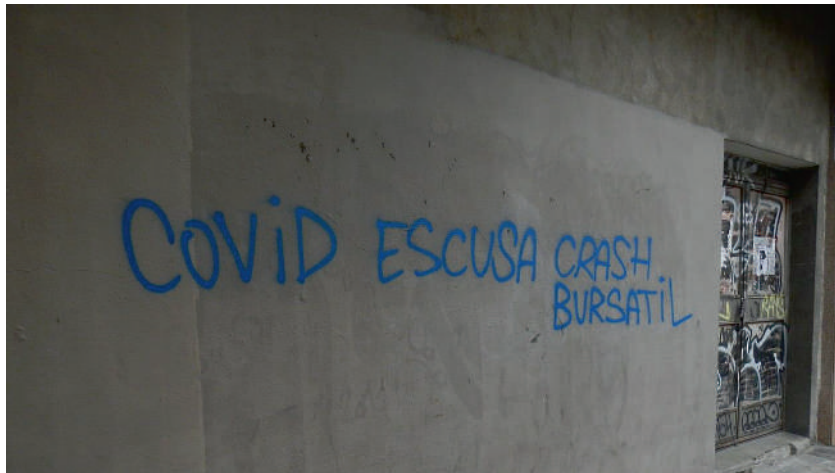
- Hay que cerrar las ventanas de las casas porque un helicóptero tira desinfectante para eliminar el virus.
- Los judíos son los culpables del coronavirus.
- Ha sido una idea de Trump desde un laboratorio chino.
- Las máscaras provocan neumonía.
- El 5G es el verdadero causante de la pandemia.
- Los termómetros corporales eliminan nuestras neuronas.
- Beber mucha agua y muy caliente elimina la infección del virus.
- El virus lo transmite el mosquito.



Una de las *fake news* relacionada con el coronavirus aseguraba que beber agua tibia elimina la infección del virus, cuando realmente la única agua efectiva es la que usamos para lavarnos las manos. Imagen cortesía de Manuel Darío Fuentes Hernández.

Pasamos los primeros meses de la pandemia anhelando una vacuna contra la COVID-19, y cuando esa posibilidad parece estar ya muy cerca, en un par de meses en España [en el momento de redactar este texto], un gran porcentaje de personas tiene dudas sembradas, en parte, por otra serie de noticias falsas que solo pueden perseguir confundir a la opinión ciudadana. Crece el miedo a la vacuna: el populismo lo impregna todo y eso genera desconfianza.

A principios de abril de 2020, cuando todo se tambaleaba por culpa del SARS-CoV-2, un sondeo preguntó a 12.200 estadounidenses si se vacunarían en cuanto pudieran contra aquella nueva infección que no dejaba de crecer. Casi ocho de cada diez contestaron que sí. La vacuna suponía la salvación frente a la amenaza, el arma definitiva contra una pesadilla que había metido a medio mundo en sus casas. Sin embargo, siete meses después y con varias vacunas candidatas prometedoras, los encuestados no lo ven tan claro.



Graffiti en Madrid (España) en referencia a que la enfermedad COVID-19 es una excusa intencionada para desplomar la economía real. Fuente: wikiwand.

El fenómeno no es exclusivo de Estados Unidos. En España ha ocurrido algo similar, tal como reflejan varias encuestas. Según el barómetro del Centro de Investigaciones Sociológicas (CIS), el porcentaje de españoles que no está dispuesto a vacunarse ya era del 40,3 % en septiembre y ha pasado al 47 % en la última consulta de noviembre (en agosto, un estudio del Instituto de Salud Carlos III cifró la negativa en un 30 %). ¿Qué está pasando? ¿Por qué en plena segunda ola y cuando la ansiada vacuna parece estar, por fin, al alcance de la mano crecen las reticencias a ponérsela? ¿Está ganando terreno el movimiento antivacunas apoyado en noticias falsas?

«Todo lo que provoca inseguridad y miedo es terreno fértil para la duda y el escepticismo», apunta Adelaida Sarukhan, inmunóloga y divulgadora del Instituto de Salud Global de Barcelona (IS Global). Las vacunas contra la COVID-19 se han desarrollado de forma excepcional, en un ambiente de incertidumbre y creciente desconfianza, rodeadas de una marabunta de desinformación y bajo el foco de la politización. Y por si esto fuera poco, la puesta en escena de los últimos avances, mediante notas de prensa y tintes de guerra comercial, ha acabado de preparar un cóctel perfecto para el desconcierto.



El populismo ha impregnado casi todas las cosas que tienen que ver con la COVID-19, también las vacunas. Y esa futilidad, ese manejo tan pueril que se hace de la información genera desconfianza. No deja de ser paradójico que la gran mayoría de personas que se muestra reticente a la vacunación contra la COVID-19 no es, en realidad, antivacunas.

En España no hay un movimiento antivacunas fuerte, por ahora. Pero si no mejoramos la comunicación estaremos abonando el terreno para su crecimiento.

Según un estudio realizado por la iniciativa *Vaccine Confidence Project* en 2018, España estaba entre los primeros puestos de Europa en apoyo a esta herramienta de salud pública, con un 91,6 % de la población que señalaba que las vacunas son seguras, y un 94 % que aseguraba que son efectivas.

La manera en la que se está informando sobre el proceso de obtención de vacunas es muy preocupante, alertaba en noviembre de 2020 en su blog Ignacio López-Goñi, catedrático de Microbiología de la Universidad de Navarra. Afirmaba que faltan datos científicos y parece una carrera de fondo comercial entre farmacéuticas, sin aparentes controles de fiabilidad.

Si no se actúa con absoluta transparencia, le gente puede perder la confianza en las vacunas en general y entonces tendremos un problema muy grave. Muchos de los que dudan de las vacunas no son unos negacionistas extremistas reaccionarios antivacunas, son gente normal, como usted y como yo, que simplemente tiene dudas o no se fían de lo que ven en los medios de comunicación o de lo que escuchan de un político que, en otras ocasiones, ha hecho de la mentira una herramienta.

El objetivo es dar razones y argumentos al que duda, precisamente para sacarlo de esa duda. Y eso se hace con comunicación y pedagogía, no con enfrentamiento.

Pero seguramente, la rapidez con la que se han desarrollado las vacunas contra la COVID-19 es uno de los principales motivos que han sustentado las *fake news* en este tema. Por ejemplo: a finales de noviembre y primeros de diciembre, con ocasión al anuncio del presidente de España, Pedro Sánchez, del calendario de vacunación masiva en 13.000 puntos en la geografía española, se propagó el rumor de «esta vacuna contiene un elemento que podrá monitorizar de por vida a todos los que se la pongan». Aquí el objetivo es acrecentar el temor a un mayor control de las personas por parte de los gobiernos. También toda la retahíla de efectos secundarios ocupó protagonismo en estos días: «la vacuna le dejará impotente», «te debilitará tu sistema inmune», «no tendrá efecto en los jóvenes», y toda una secuencia de los más sonados disparates.

Como antes decía, es evidente que el desconocimiento en el proceso de investigación y producción de las vacunas en un tiempo nunca visto –lo normal es que tarden entre 8 y 10 años– con una opacidad –normal, por otra parte– ha favorecido estas falsas noticias. También los efectos adversos detectados en algunos pacientes –lo que es habitual que suceda pues forma parte del protocolo investigador– se han magnificado para intentar trasladar la idea que estas vacunas forman parte más de un intento fallido de los gobiernos para apaciguar a sus ciudadanos que un eficaz método para «parar» la propagación de este virus.

Hay un importante desconocimiento sobre cómo son los procesos de aprobación de un fármaco y no se ha informado bien de los pasos que se han seguido en este caso. Esta carrera para ser el primero en tener la vacuna ha abonado el terreno de los que argumentan que la seguridad de los mecanismos de control del fármaco se ha descuidado. No hay que olvidar que una vacuna es el único medicamento que nos ponemos estando sanos. Todos los demás son a consecuencia de una enfermedad que padecemos. Que el anuncio de los datos de eficacia de las diferentes vacunas se haya hecho en orden creciente, mediante comunicados de prensa, sin datos científicos donde comprobar informaciones sustantivas, es una estrategia que, en lugar de contribuir a la adhesión, puede llegar a minar la confianza de mucha gente.

Es necesario dejar claras cuestiones como que la efectividad final del producto se conocerá tras su llegada al mundo real, o que los estudios y la farmacovigilancia para detectar eventos adversos no terminan con la aprobación de cualquier medicamento, sino que se prolongan durante años. Los ensayos previos permiten descartar que existan eventos adversos graves y frecuentes, pero ningún medicamento es cien por cien seguro, por lo que es posible que cuando el fármaco ya esté en el mercado se den situaciones como que haya que retirar algunos lotes porque se detecte algún problema. Es necesario conocer esta posibilidad, porque los nodos antivacunas reales utilizarán toda su maquinaria comunicativa para distorsionar y amplificar esas noticias y tratar de convencer –y llevarse a su terreno– al que duda. El paso al lado negacionista, recuerden, no es tan difícil de dar.



Pintada con contenido negacionista en Miranda de Ebro (España). Imagen cortesía de Zarateman.

Nuestro pensamiento es muy atávico y se siente confirmado ante dos cosas: la identificación de un malvado y la conexión narrativa de fenómenos. Entramos en una época de especial incertidumbre y eso nos produce un gran malestar. Preferimos aceptar un relato que «moralice» el problema que interpretarlo como errores o chapuzas no intencionales.

El género humano debería aceptar que no tenemos respuestas para todo y que hemos entrado en un período histórico en el que, para muchos problemas derivados, por ejemplo, de nuestras tecnologías financieras o de la compleja relación con el medio ambiente no tenemos una respuesta indiscutible. Estamos en una «sociedad del desconocimiento», en la que nos vemos obligados a tomar decisiones con datos incompletos o conceptos controvertidos.

*«Las crisis son precisamente eventos que ponen de manifiesto que no se sabe exactamente lo que no se sabe y hasta qué punto no se sabe», dice el filósofo Daniel Innerarity, catedrático de Filosofía Política y Social en la Universidad del País Vasco con ocasión de esta crisis sanitaria. ¡Qué razón tiene!*

